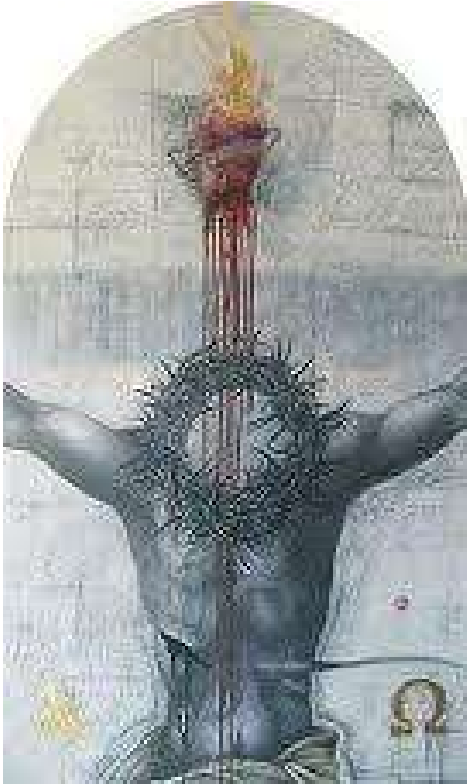


VIA CRUCIS

«EL ROSTRO DE CRISTO, EL ROSTRO DEL HOMBRE»



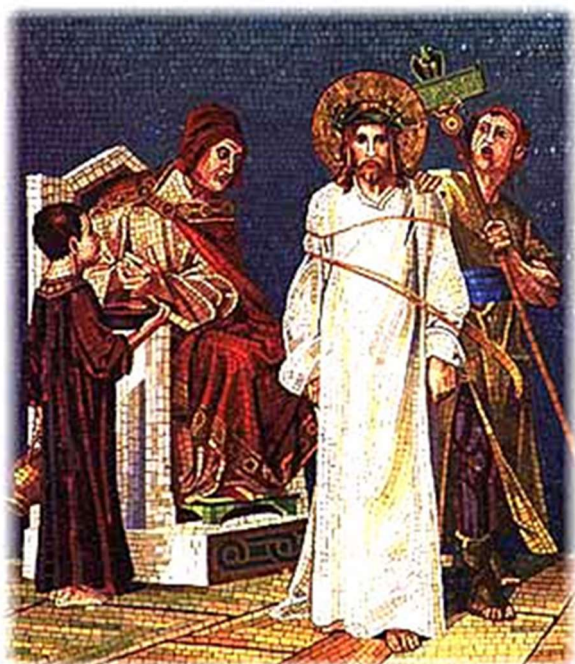
*MEDITACIONES de S.E. Mons. Giancarlo Maria
BREGANTINI,
Arzobispo de Campobasso-Boiano*

INTRODUCCIÓN

«El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrarán un hueso”; y en otro lugar la Escritura dice: “Mirarán al que atravesaron”» (Jn 19, 35-37).

Dulce Jesús,
en tu dolor, reside nuestra redención,
en tus lágrimas, se bosqueja la «hora»
en la que se desvela el amor gratuito de Dios.
Siete veces perdonados
en tus últimos suspiros de hombre entre los hombres,
nos devuelves a todos al corazón del Padre,
para indicarnos en tus últimas palabras
la vía redentora para todo nuestro dolor.
Concédenos a todos nosotros, Señor Jesús crucificado,
tu infinita misericordia,
perfume de Betania en el mundo,
gemido de vida para la humanidad.
Y, confiados finalmente en las manos de tu Padre,
ábreanos la puerta de la vida que nunca muere. Amén.





PRIMERA ESTACIÓN

Jesús condenado a muerte

El dedo acusador

V / . Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos

R / . Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«Pilato volvió a dirigirles la palabra con intención de soltar a Jesús. Pero ellos seguían gritando: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”. Por tercera vez les dijo: “Pues, ¿qué mal ha hecho éste? No he encontrado en él ninguna culpa que merezca la muerte. Así es que le daré un escarmiento y lo soltaré”. Pero ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo su griterío. Pilato entonces sentenció que se realizara lo que

pedían: soltó al que le reclamaban (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su voluntad» (Lc 23, 20-25).

Un Pilato atemorizado que no busca la verdad, el dedo acusador y el creciente clamor de la multitud, son los primeros pasos de la muerte de Jesús. Inocente como un cordero cuya sangre salva a su pueblo. Ese Jesús, que ha pasado entre nosotros curando y bendiciendo, es condenado ahora a la pena capital. Ninguna palabra de gratitud por parte del gentío que, en cambio, elige a Barrabás. Para Pilato, se convierte en un caso embarazoso. Lo entrega a la muchedumbre y se lava las manos. La condena apresurada de Jesús acoge así las acusaciones fáciles, los juicios superficiales entre la gente, las insinuaciones y prejuicios, que cierran el corazón y se convierten en cultura racista, de exclusión y descarte. ¿Nosotros sabremos tener una conciencia recta y responsable, transparente, que nunca dé la espalda al inocente, sino que luche con valor en favor de los débiles, resistiéndose a la injusticia y defendiendo por doquier la verdad ultrajada?

ORACIÓN

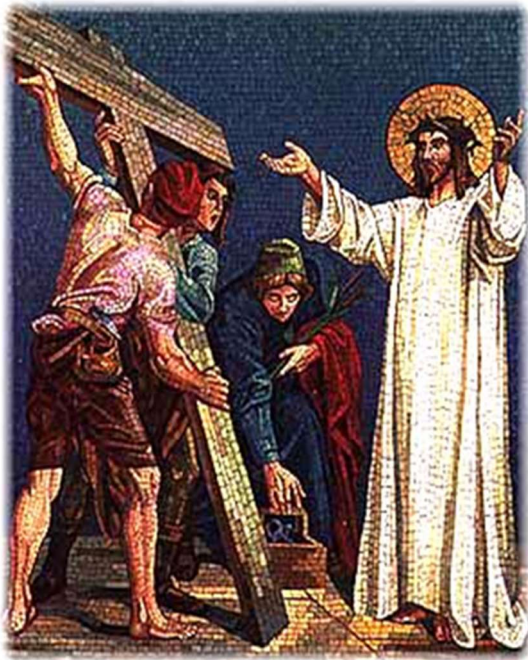
Señor Jesús, haz que, ayudados por tu gracia, no descartemos a nadie.

Defiéndenos de la calumnia y la mentira.

Ayúdanos a buscar siempre la verdad, y a estar siempre de parte de los débiles. Amén.

Padrenuestro





SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús con la cruz auestas El pesado madero de la crisis

V / . Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos
R / . Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«Él llevó nuestros pecados en su cuerpo hasta el leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Con sus heridas fuisteis curados. Pues andabais errantes como ovejas, pero ahora os habéis convertido al pastor y guardián de vuestras almas» (1 P 2, 24-25).

Pesa el madero de la cruz, porque, en él, Jesús lleva consigo todos nuestros pecados. Se tambalea bajo este peso, demasiado grande para un solo hombre (cf. Jn 19,17).

Es también el peso de todas las injusticias que han causado las crisis, con sus graves consecuencias sociales: precariedad, desempleo, despidos...

Jesús las carga sobre sus hombros y nos enseña a no vivir más en la injusticia, sino a ser capaces, con su ayuda, de crear puentes de solidaridad y esperanza, para no ser ovejas errantes ni extraviadas.

Volvamos, pues, a Cristo, pastor y guardián de nuestras almas.

La cruz, entonces, se hará más ligera, si la llevamos con Jesús y la levantamos todos juntos, porque con sus heridas – resquicios de luz – hemos sido curados.

ORACIÓN

Señor Jesús, cada vez se hace más densa nuestra noche.

La pobreza se torna miseria.

No tenemos pan para los hijos y nuestras redes están vacías.

Nuestro futuro es incierto. Vela por el trabajo que falta.

Despierta en nosotros el celo por la justicia, para que no arrastremos la vida, sino que la llevemos con dignidad. Amén.

Padrenuestro



TERCERA ESTACIÓN

Jesús cae por primera vez

La fragilidad que se abre a la acogida



V /. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos

R /. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él» (Is 53, 4-5).

Es un Jesús frágil, muy humano, el que contemplamos con asombro en esta estación de gran dolor. Pero es precisamente esta caída en tierra lo que revela aún más su

inmenso amor. Está acorralado por el gentío, aturdido por los gritos de los soldados, cubierto por las llagas de la flagelación, lleno de amargura interior por la inmensa ingratitud humana. Y cae. Cae por tierra.

Pero en esta caída Jesús vuelve a ser una vez más maestro de vida. Nos enseña a aceptar nuestras fragilidades, a no desanimarnos por nuestros fallos, a reconocer con lealtad nuestras limitaciones.

Con esta fuerza interior que viene del Padre, Jesús también nos ayuda a aceptar las debilidades de los demás. Y nos da la fuerza para no cerrar la puerta a quien llama a nuestra casa pidiendo asilo, dignidad y patria. Conscientes de nuestra fragilidad, acogeremos entre nosotros la fragilidad de los emigrantes, para que encuentren seguridad y esperanza.

ORACIÓN

Señor Jesús, que te has humillado para rescatar nuestra debilidad, haznos capaces de entrar en una verdadera comunión con nuestros hermanos más pobres. Arranca de nuestro corazón toda raíz de miedo y cómoda indiferencia, que nos impide reconocerte en los emigrantes, para dar testimonio de que tu Iglesia no tiene fronteras, sino que es verdadera madre de todos. Amén.

Padrenuestro





CUARTA ESTACIÓN

Jesús se encuentra con la Madre Lágrimas solidarias

V /. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos
R /. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre: “Mira, éste ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma» (Lc 2, 34-35). «Llorad con los que lloran. Tened la misma consideración y trato unos con otros» (Rm12, 15-16).

Este encuentro de Jesús con María, su madre, está cargado de emoción, de lágrimas amargas. En él se expresa la fuerza invencible del amor materno, que supera todo obstáculo y sabe abrir caminos. Pero impresiona aún más la mirada solidaria de María, que comparte e infunde fuerza al Hijo. Nuestro corazón se llena así de asombro al contemplar la grandeza de María, precisamente en su hacerse, ella misma criatura, «prójimo» para con su Dios y su Señor.

Ella recoge las lágrimas de todas las madres por sus hijos lejanos, por los jóvenes condenados a muerte, asesinados o enviados a la guerra, por los niños soldados...

Madres que velan en la noche, con las luces encendidas, temblando por los jóvenes abrumados por la inseguridad o en las garras de la droga y el alcohol, especialmente las noches del sábado. Junto a María, nunca seremos un pueblo huérfano. Nunca olvidados. María también nos ofrece a nosotros la caricia de su consuelo materno, y nos dice: «No se turbe tu corazón [...] ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?»

ORACIÓN

Salve, Madre. Bendíceme, a mí y a toda mi casa.

Te ofrezco y dedico todo mi ser y todas mis cosas a tu servicio, poniéndome por entero bajo tu manto. Obtén para mí, Señora, la pureza de la mente y del cuerpo, y haz que, en este día, no haga nada que desagrade a Dios. Amén

Padrenuestro





QUINTA ESTACIÓN

El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz

La mano amiga que levanta

V / . Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos
R / . Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«A uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, lo forzaron a llevar la cruz» (Mc 15, 21).

Simón de Cirene pasa casualmente por allí. Pero se convierte en un encuentro decisivo en su vida. Hombre de fatigas y vigor. Por eso se le obligó a llevar la cruz de Jesús, condenado a una muerte infame (cf. Flp 2, 8).

Pero este encuentro, el principio casual, se transformará en un seguimiento decisivo y vital

de Jesús, llevando cada día su cruz, negándose a sí mismo.

En esto radica la verdadera cura de nuestro egoísmo, siempre al acecho. La relación con el otro nos rehabilita y crea una hermandad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que puede soportar las penas de la vida, apoyándose en el amor de Dios. Sólo con el corazón abierto al amor divino, me veo impulsado a buscar la felicidad de los demás.

El mismo Jesús nos lo recuerda: «Lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40).

ORACIÓN

Señor Jesús, en el Cireneo amigo vibra el corazón de tu Iglesia, que se hace refugio de amor para cuantos tienen sed de ti. La ayuda fraterna es la clave para atravesar juntos la puerta de la Vida. No permitas que nuestro egoísmo nos haga pasar de largo, y ayúdanos a derramar el unguento de consolación en las heridas de los otros, para hacernos compañeros leales de camino, sin evasivas y sin cansarnos nunca de optar por la fraternidad. Amén.

Padrenuestro





SEXTA ESTACIÓN

Verónica enjuga el rostro de Jesús

La ternura femenina

V /. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos

R /. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«Oigo en mi corazón: “Buscad mi rostro”. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio; no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación» (Sal 26, 8-9).

Jesús se arrastra con dificultad, jadeando. Pero la luz de su rostro se mantiene intacta. No hay ofensa que pueda oponerse a su belleza. Los salivazos no la han empañado.

Los golpes no han conseguido quebrarla. Este rostro se parece a una zarza ardiente que, cuanto más se le ultraja, más consigue emanar una luz de salvación. De los ojos del Maestro manan lágrimas silenciosas. Lleva el peso del abandono. Sin embargo, Jesús avanza, no se detiene, no vuelve atrás. Afronta la opresión. Está turbado por la crueldad, pero él sabe que su muerte no será en vano.

Jesús, entonces, se detiene ante una mujer que viene a su encuentro sin titubeos. Es la Verónica, verdadera imagen femenina de la ternura.

El Señor encarna aquí nuestra necesidad de gratuidad amorosa, de sentirnos amados y protegidos por gestos de solicitud y de cuidados. Las caricias de esta criatura se empapan de la sangre preciosa de Jesús y parecen purificarlo de las profanaciones recibidas en aquellas horas de tortura. La Verónica consigue tocar al dulce Jesús no sólo para aliviar, sino para participar en su sufrimiento. Reconoce en Jesús a cada prójimo que ha de consolar, con un toque de ternura.

ORACIÓN

Señor Jesús, ¡qué amarga la indiferencia de quien creíamos a nuestro lado en los momentos de desolación!

Pero tú nos cubres con ese paño que lleva impresa tu sangre, que has derramado a lo largo del camino del abandono, que también tú sufriste injustamente.

Sin ti, no tenemos ni podemos dar alivio alguno. Amén.

Padrenuestro





SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez

La angustia de la cárcel y de la tortura

V /. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos

R /. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«Me rodeaban cerrando el cerco... Me rodeaban como avispas, ardiendo como el fuego en las zarzas, en el nombre del Señor los rechacé. Empujaban y empujaban para derribarme, pero el Señor me ayudó... Me castigó, me castigó el Señor, pero no me entregó a la muerte» (Sal 117,11.12-13.18).

En Jesús se cumplen verdaderamente las antiguas profecías del Siervo humilde y obediente, que carga sobre sus hombros toda

nuestra historia de dolor. Cada vez más solo, cada vez más en la oscuridad. Lacerado en la carne, con los huesos magullados.

En él reconocemos la amarga experiencia de los detenidos en prisión, con todas sus contradicciones inhumanas.

Ante esta caída, cómo nos percatamos de la verdad de aquellas palabras de Jesús: «Estuve en la cárcel y no me visitasteis» (Mt 25,36). En toda cárcel, junto a cada torturado, siempre está él, el Cristo que sufre, encarcelado y torturado. Aunque probados duramente, él es nuestra ayuda, para no ser entregados al miedo. Sólo juntos nos levantamos.

ORACIÓN

Señor Jesús, tú nos has bendecido para siempre.

Dichosos nosotros si hoy estamos aquí, por tierra, contigo, rescatados de la condena.

Haz que no eludamos nuestras responsabilidades, concédenos vivir en tu humillación, a salvo de toda pretensión de omnipotencia,

para renacer a una vida nueva como criaturas hechas para el cielo. Amén.

Padrenuestro





OCTAVA ESTACIÓN

Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

Compartir, no sólo conmisericordia

V / . Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos

R / . Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos» (Lc 23,28).

Las figuras femeninas en el camino del dolor se presentan como antorchas encendidas. Mujeres de fidelidad y valor que no se dejan intimidar por los guardias ni escandalizar por las llagas del Buen Maestro. Están dispuestas a encontrarlo y consolarlo. Jesús está allí, ante ellas, listas para darle ese cálido latido que el

corazón ya no puede contener. Antes lo observan desde lejos, pero luego se acercan, como hace el amigo, el hermano o hermana cuando se da cuenta de las dificultades del ser querido.

Jesús pide un dolor compartido. No más lamentos, sino deseos de renacer, de mirar hacia adelante, de proceder con fe y esperanza hacia esa aurora de luz que surgirá aún más cegadora sobre la cabeza de quienes caminan con los ojos puestos en Dios.

Lloremos por las mujeres esclavizadas por el miedo y la explotación. Jesús nos dice que las mujeres deben ser amadas como un don inviolable para toda la humanidad. Para hacer crecer a nuestros hijos, en dignidad y esperanza.

ORACIÓN

Señor Jesús, frena la mano que ataca a las mujeres. Libera su corazón del abismo de la desesperación cuando se convierten en víctimas de la violencia.

Enjuga su llanto cuando se encuentran solas.

Y abre nuestro corazón para compartir todo dolor y para hacernos instrumentos de la verdadera liberación. Amén.

Padrenuestro





NOVENA ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez Superar la nociva nostalgia

V /. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos
R /. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

« ¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?; ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?... Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado» (Rm 8,35.37).

Jesús en el camino hacia el Gólgota cayó una, dos, tres veces. Destrozado por la tribulación, la persecución, la espada; oprimido por el madero de la cruz. Exhausto. Parece decir: «¡Ya no puedo

más!».

Es el grito de los perseguidos, los moribundos, los enfermos terminales, los oprimidos por el yugo.

Que la contemplación de Jesús caído, pero capaz de ponerse en pie, nos ayude a vencer el temor por el mañana. Ese Jesús que se tambalea y cae, pero que luego se levanta, es la certeza de una esperanza que, alimentada por la oración intensa, nace precisamente durante la prueba, y no después de la prueba ni sin prueba. Por la fuerza de su amor, saldremos más que victoriosos.

ORACIÓN

Señor Jesús, te rogamos que levantes del polvo al mísero, levanta a los pobres de la inmundicia, hazlos sentar con los jefes del pueblo y asígnales un puesto de honor. Quiebra el arco de los fuertes y reviste a los débiles de vigor, porque sólo tú nos haces ricos precisamente con tu pobreza (cf. 1 S, 2,4-8; 2 Co 8,9). Amén.

Padrenuestro





DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es despojado de las vestiduras La unidad y la dignidad

V /. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos
R /. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: “No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca”. Así se cumplió la Escritura: “Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica”. Esto hicieron los soldados» (Jn 19,23-24).

No dejaron ni un trozo de tela que cubriera el cuerpo de Jesús. Lo despojaron. No tenía manto ni túnica, ningún vestido. Lo desnudaron como un acto de humillación extrema. Sólo le cubría la sangre, que borbotaba de sus numerosas heridas.

La túnica queda intacta: es símbolo de la unidad de la Iglesia, una unidad que se ha de recobrar mediante un camino paciente, una paz artesana, construida día a día en un tejido recompuesto con los hilos de oro de la fraternidad, en un clima de reconciliación y perdón mutuo.

En Jesús, inocente, despojado y torturado, reconocemos la dignidad violada de todos los inocentes, especialmente de los pequeños. Dios no impidió que su cuerpo despojado fuera expuesto en la cruz. Lo hizo para rescatar todo abuso injustamente cubierto, y demostrar que él, Dios, está irrevocablemente y sin medias tintas de parte de las víctimas.

ORACIÓN

Señor Jesús, queremos volver a ser inocentes como niños, para poder entrar en el reino de los cielos.

Retira de nuestro pecho el corazón de piedra de las divisiones, que hacen a tu Iglesia poco creíble.

Danos un corazón nuevo y un espíritu nuevo, para vivir según tus preceptos. Amén.

Padrenuestro





UNDÉCIMA ESTACIÓN

Jesús clavado en la cruz En el lecho de los enfermos

V /. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos
R /. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno. Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: “El rey de los judíos”. Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Así se cumplió la Escritura que dice: “Lo consideraron como un malhechor”» (Mc 15,24-28).

Y lo crucificaron. La pena de los infames, de los traidores, de los esclavos rebeldes. Esta es la pena que se aplica a nuestro Señor Jesús: ásperos clavos, dolor lacerante, la congoja de la madre, la ropa repartida entre los soldados como un botín, las burlas crueles de quienes pasaban por allí: «A otros ha salvado y él no se puede salvar..., que baje ahora de la cruz y le creeremos» (Mt 27,42).

Y lo crucificaron. Jesús no desciende, no abandona la cruz. Permanece obediente hasta el fin a la voluntad del Padre. Ama y perdona.

También hoy, como Jesús, muchos hermanos y hermanas nuestros están clavados al lecho de dolor, en hospitales, asilos de ancianos, en nuestras familias. Es el tiempo de la prueba, de días amargos, de soledad e incluso de desesperación.

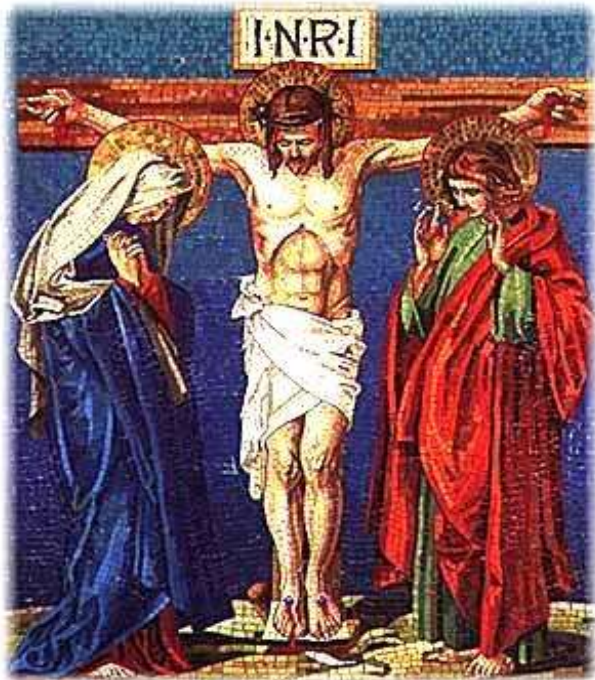
Que nuestra mano nunca sea para clavar, sino siempre para acercar, consolar y acompañar a los enfermos, levantándolos de su lecho de dolor. La enfermedad no pide permiso. Llega siempre de improviso. A veces trastoca, limita los horizontes, pone a dura prueba la esperanza. Su hiel es amarga. Aunque la enfermedad puede convertirse en una gran escuela de sabiduría, en encuentro con el Dios paciente. Cuando alguno toma sobre sí nuestra enfermedad por amor, también la noche del dolor se abre a la luz pascual de Cristo crucificado y resucitado.

ORACIÓN

*Señor Jesús, no te alejes de mí, siéntate en mi lecho de dolor y hazme compañía.
No me dejes solo, tiende tu mano y levántame.
Yo creo que tú eres el Amor, y creo que tu voluntad es la expresión de tu amor. Amén.*

Padrenuestro





DUODÉCIMA ESTACIÓN

Jesús muere en la cruz

El suspiro de las siete palabras

V /. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos
R /. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura dijo: “Tengo sed”. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: “Está cumplido”. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19, 28-30).

Las siete palabras de Jesús en la cruz son una obra maestra de esperanza. Jesús, lentamente, con pasos que también son los nuestros, atraviesa toda la oscuridad de la noche, para abandonarse confiado en los brazos del Padre.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Es el grito de todo hombre bajo el peso de la desgracia. Y Dios guarda silencio. Calla porque su respuesta está allí, en la cruz: él mismo, Jesús, es la respuesta de Dios, Palabra eterna encarnada por amor.

«Acuérdate de mí...» (Lc 23, 42). La invocación fraterna del malhechor, convertido en compañero de dolor, llega al corazón de Jesús, que siente en ella el eco de su propio dolor. Y Jesús acoge la súplica: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 42-43).

«Mujer, ahí tienes a tu hijo...» (Jn 19, 26). Pero es su Madre, María, que estaba con Juan al pie de la cruz, rompiendo el acoso del miedo. La llena de ternura y esperanza. Jesús ya no se siente solo.

«Tengo sed» (Jn 19, 28). Como el niño pide de beber a su mamá; como el enfermo abrasado por la fiebre... La sed de Jesús es la de todos los sedientos de vida, de libertad, de justicia.

«Está cumplido» (Jn 19, 30). Todo cumplido: cada palabra, cada gesto, cada profecía, cada instante de la vida de Jesús. Nada se ha desechado. Todo se ha convertido en amor. Todo está cumplido, para mí y para ti. Y, así, también el morir tiene un sentido.

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). Ahora, heroicamente, Jesús sale del miedo a la muerte. Porque si vivimos en el amor gratuito, todo es vida. El perdón renueva, sana, transforma y consuela.

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46). Ya no más desesperación ante la nada. Más bien plena confianza en sus manos de Padre, recostado en su corazón. Porque, en Dios, cada fragmento se compone finalmente en unidad.



ORACIÓN

Oh Dios, que en la pasión de Cristo nuestro Señor, nos has liberado de la muerte, renuévanos a imagen de tu Hijo y haz que, por la acción de tu Espíritu, llevemos la imagen del hombre celestial. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Padrenuestro





DECIMOTERCERA ESTACIÓN

Jesús es bajado de la cruz y entregado a su Madre

El amor es más fuerte de la muerte

V /. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos

R /. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«Al anochecer llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era también discípulo de Jesús. Este acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y Pilato mandó que se lo entregaran» (Mt 27, 57-58).

Antes de ser puesto en la tumba, Jesús es entregado finalmente a su Madre. Es el icono

de un corazón destrozado, que nos dice cómo la muerte no impide el último beso de la madre a su hijo. Postrada ante el cuerpo de Jesús, María se encadena a él en un abrazo total.

Ha llegado la tarde. La batalla está vencida. El amor no se ha truncado. Quién está dispuesto a sacrificar su vida por Cristo, la encontrará. Transfigurada más allá de la muerte.

En esta trágica entrega, se mezclan lágrimas y sangre.

Piedad, entonces, significa hacerse cercanos de los hermanos en luto y que no se resignan. Amar hasta el final es la suprema enseñanza que nos han dejado Jesús y María. Y la misión fraterna diaria de consuelo, que se nos entrega en este abrazo fiel entre Jesús muerto y su Madre Dolorosa.

ORACIÓN

Oh, Virgen de los Dolores, que en nuestros santuarios nos muestras tu rostro de luz, muéstranos la dulzura del último fiel abrazo y danos tu maternal consuelo, para que el dolor cotidiano nunca apague la esperanza de vida más allá de la muerte. Amén.

Padrenuestro





DECIMOCUARTA ESTACIÓN

Jesús es puesto en el sepulcro El jardín nuevo

V / . Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos
R / . Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

«Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía... Allí pusieron a Jesús» (Jn 19,41-42).

Todo aquello que nos impide respirar la voluntad de Dios, como el apego al dinero, la soberbia, el derroche de la vida, se ha de cortar e injertar, como ramas silvestres que son, en el madero de la cruz. Este es el nuevo jardín: la cruz plantada en la tierra.

Aquel sepulcro representa el fin del hombre viejo. Y, cómo para Jesús, Dios tampoco ha permitido para nosotros que sus hijos fueran castigados con la muerte definitiva. La muerte de Cristo abate todos los tronos del mal.

La muerte nos desarma, nos hace entender que estamos expuestos a una existencia terrenal que termina. Pero, ante ese cuerpo de Jesús puesto en el sepulcro, tomamos conciencia de lo que somos: criaturas que, para no morir, necesitan a su Creador.

El silencio que rodea ese jardín nos permite escuchar el susurro de una suave brisa: «Yo soy el que vive, y yo estoy con vosotros» (cf. Ex 3, 14). El velo del templo se rasgó. Finalmente vemos el rostro de nuestro Señor. Y conocemos plenamente su nombre: misericordia y fidelidad, para no quedar nunca confusos, ni siquiera ante la muerte, porque el Hijo de Dios fue libre en medio de los muertos (cf. Sal 87, 6 Vulg.).

ORACIÓN

Protégeme, oh Dios, en ti me refugio.

Tú eres mi heredad y mi copa, en tus manos está mi vida.

Te pongo siempre ante mí, como mi Señor, contigo a mi derecha, no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón, se regocija mi alma, y también mi carne descansa segura.

No abandones mi vida en el abismo ni dejes a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha. Amén.

Padrenuestro

